



## Un día sin línea

Día 23 de mayo. No podría haber existido un día mejor en el universo de tradiciones de nuestro planeta para recibir la invitación a formar parte del directorio de la Asociación de los Amigos de la Biblioteca Pública Estatal de Minas Gerais, SABE. Fue una coincidencia, pero al menos yo nunca me olvidaré que fue el día en que celebramos mundialmente el objeto más poderoso, el que yo más quiero y anhelo: el libro.

En una charla en la capital minera, hace ya algún tiempo, con el señor Van Damme - el inquieto y magnético fundador de la librería que lleva el peso de su nombre, de las diversas lenguas fluentemente habladas y de su enorme pasión por los libros -, entre varios asuntos, me confió que era un hombre con mucha suerte. Pasaba sus días entre libros y cuando llegaba a su casa hacía lo mismo. Nunca, prosiguió, se sentía trabajando. Y concluyó que un día sin lectura era un día perdido.

Le relaté a mi padre, en cuya biblioteca de cierta manera fui criado, el diálogo con el señor Van Damme, esperando con cierta curiosidad su reacción. Él, con su habitual poder de síntesis, no tardó en vaticinar: “¡un día sin línea!”

“Tuve que venir al baño para llorar escondido en mi primer día de clases. Después que el profesor entró y empezó a hablar, no podía creer que yo estaba allí”, me reveló un alumno que había acabado de conocer la semana pasada tomando exámenes de otras materias. Me había pedido poco antes que le permitiese ir al tocador. Me contó que estaba en tratamiento oncológico y que sentía mucho dolor cuando no iba regularmente al baño. Claro, hice una excepción y fuimos conversando mientras caminábamos rumbo al *toilette* masculino. Era un señor que seguramente sumaba algunos años más que yo, de una simplicidad tocante y manos callosas que revelaban alguna labor manual para financiar sus estudios. Me dijo, aún camino al baño, con un tono casi confidencial pero con una sutil firmeza en su propósito que no pasaba desapercibida, que había soñado con estudiar. Había luchado para concluir la escuela secundaria y había logrado entrar en la Facultad de Derecho. Ya más avanzado en su carrera, todavía recordaba la visita al baño para llorar a escondidas de alegría.



Tal vez hubiese dado los mismos pasos por el mismo pasillo. Tal vez hubiese sido aquel sanitario. Tal vez por eso haya rememorado aquel momento. Lo que él no sabía, y le conté estremecido y un poco emocionado, fue lo que me pasó el primer día en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Subí con un poco de prisa y transbordando de orgullo los anchos y altos escalones de la imponente entrada - sin contarlos, eso sí, ya sabiendo de la maldición de tal aritmética que termina aprisionando por años a los curiosos contadores en la institución, impidiéndoles graduarse -. Llevaba puesta una elegante camisa blanca de algunos millones de hilos egipcios y corte italiano que mi esposa e incentivadora me había regalado para el tan ansiado momento y, cuando alcancé el nivel de la entrada y me deparé con el impresionante Salón de los Pasos Perdidos, no había un baño cerca. Lloré copiosamente en el hombro de mi compañera de vida, siempre presente en mis momentos más soñados.

Hay algo profundamente libertador en el proceso de educación. No sé exactamente qué es, pero toca el fondo del alma. El alumno que acompañé al tocador, ya volviendo a la sala de exámenes, me confesó que le atribuía la emoción y las ganas de concluir su carrera a su victoria contra el cáncer. Yo ciertamente le atribuyo a la UBA la victoria contra muchos tipos de potentes cánceres corrosivos: mis prejuicios. En todas las etapas de mi vida, todas las instituciones que me enseñaron me hicieron un ser humano mejor. Poder enseñar en todas ellas es otro sueño realizado que vivo con la plena conciencia de la carga de responsabilidad que conlleva.

Hay quienes crean que la rueda fue el gran invento de la humanidad. Yo, conversando con mi almohada, digo que fueron las líneas esa tal gran invención.

Un día sin línea, un día perdido.

**Plauto Cardoso** – Escritor, docente, investigador y abogado en las áreas de Derecho Constitucional, Derecho Procesal Civil, Derechos Humanos, Derecho & Política y Derecho & Literatura/Cine. Es director del Instituto de Derecho de Integración de la Asociación Argentina de Justicia Constitucional (AAJC).